

El Primer Orden Económico Mundial: siglos XVI al XVIII *

Aldo Ferrer **

Deus quer, o homen sonha, a obra nasce,

...

E viu-se a terra inteira, de repente,

Surgir, redonda, do azul profundo.

Fernando Pessoa, *Mensagem*.

Esta comunicación se refiere a una investigación en curso sobre el Orden Económico Mundial contemporáneo y sus orígenes históricos. A la fecha, se ha avanzado en el análisis de la fase que aquí se denomina Primer Orden Económico Mundial. Esta comunicación presenta algunas conclusiones preliminares y sumarias sobre ese período, que abarca desde 1500 a 1800.

Una perspectiva de largo plazo induce a suponer la existencia de varias etapas en la formación y desarrollo del orden económico mundial. En cada una de ellas, se observan diferencias importantes en el impacto del conocimiento científico y la tecnología sobre la producción de bienes y servicios y la organización de los mercados. Lo mismo sucede con la acumulación de capital, la distribución del ingreso y los estilos de inserción de las economías nacionales en el sistema internacional. Las fuentes del poder también se transforman y cambian las posiciones hegemónicas de los protagonistas del escenario mundial. Estas diversas circunstancias son, precisamente, las que fundamentan el intento de periodizar la formación histórica del orden económico mundial.

Hasta el siglo XV no existía un orden económico mundial. Los grandes imperios abarcaron espacios limitados del planeta y sus conductores carecían de una visión abarcativa de la Tierra o de un proyecto global de dominación. Los pueblos cristianos de Europa fueron los primeros que se propusieron una empresa de alcances semejantes. En la última década del siglo XV, Cristóbal

* Comunicación en la Academia Nacional de Ciencias Económicas, 29 de septiembre 1993.

** Academia Nacional de Ciencias Económicas y Facultad de Ciencias Económicas-UBA.

Colón desembarcó en Guanahani, en el archipiélago de las Bahamas, y Vasco da Gama fondeó su nave insignia, el São Gabriel, frente a Calicut, en la costa sudoccidental de la India. Cien súbditos españoles y ciento setenta portugueses culminaron, el 12 de octubre de 1492 y el 20 de mayo de 1498, respectivamente, una época de exploraciones y descubrimientos. Estas pueden considerarse las fechas inaugurales del Primer Orden Económico Mundial. El mismo concluye, hacia 1800, en las vísperas de la Revolución Industrial.

Las fuentes de información sobre el Primer Orden Económico Mundial no abundan. Las series más prolongadas de producto global e industrial son las elaboradas por A. Maddison y P. Bairoch, pero no incluyen las tres centurias consideradas. Las series de comercio exterior comienzan después de las guerras napoleónicas; las de población incluyen todo el período bajo análisis y son razonablemente confiables. Los indicadores disponibles, sumados a ciertas relaciones macroeconómicas básicas, permiten cuantificar aproximadamente los principales agregados económicos y estimar sus tasas de crecimiento. Todos los datos que se mencionan a continuación son provisionales y están sujetos a revisión.

En la investigación se presta especial atención a los factores extraeconómicos. Es decir, a las dimensiones culturales y políticas y, sobre todo, al impacto de las ideas y de los cambios en la visión del mundo en el proceso económico. Actualmente, en el estudio de los problemas del desarrollo económico y de las relaciones internacionales, se asigna considerable importancia a esos mismos factores extraeconómicos.

1. Las economías de Europa y del resto del mundo hacia 1500

A comienzos del siglo XVI, la población mundial ascendía a alrededor de 500 millones de personas. La de Asia representaba el 60% del total y la de África poco más del 20%. La población de América, en la época del descubrimiento, ascendía probablemente a menos de 40 millones. La de Europa (incluyendo Rusia), con 80 millones, representaba alrededor del 15% de la población mundial. Fuera de Europa, las mayores civilizaciones en la época estaban asentadas en Asia y el Medio Oriente y, dentro del Nuevo Mundo, en Mesoamérica y el macizo andino. El área habitada por los pueblos cristianos se extendía desde la Península Ibérica hasta Rusia y desde el Mediterráneo hasta los mares Báltico y del Norte.

El producto per cápita de la población mundial no excedía significativamente los límites de la subsistencia. Probablemente alcanzaba, a los precios de hoy, entre U\$S 500 y U\$S 700. En tal caso, el producto mundial ascendía a alrededor de U\$S 300 mil millones. Las diferencias de ingreso medio entre las civilizaciones más y menos avanzadas no debían exceder de un 50%. La tecnología aplicada en la producción primaria y las artesanías era semejante en todas ellas. Hasta 1500, el producto por hombre (fundamentalmente de la población activa en la producción agropecuaria) no creció más de un 10% al 20% por centuria, o sea, alrededor del 0,1% al 0,2% anual. El reparto de la

producción manufacturera y artesanal era semejante al de la población: Europa no representaba más de un 15% del total mundial. El ahorro no debía exceder del 5% del producto y su principal destino era el financiamiento de los gastos militares. Las inversiones en activo fijo productivo absorbían una pequeña parte del ahorro.

La mayor parte de la mano de obra estaba dedicada a las actividades de subsistencia y la producción primaria. En ningún lado la población urbana ocupada en actividades distintas de la agricultura representaba más de un 10% o 20% de la total. Dado el lento crecimiento de la productividad en la producción de bienes, la principal fuente de ganancias era el comercio. Allí, los mercaderes podían realizar márgenes de beneficios considerables. El comercio era la fuente principal de acumulación de capital. Dada la precariedad de los medios de transportes terrestres y acuáticos, sólo los bienes de alto valor unitario (esencialmente especias, productos suntuarios y algunas materias primas para las industrias textil y naval) podían soportar los altos costos de transporte a larga distancia. De todos modos, el comercio internacional representaba menos del 1% del producto mundial. Hacia 1500, su valor debía ascender a alrededor de U\$S 2.000 millones. En Europa, los dos grandes polos comerciales estaban centrados, por una parte, en el Mediterráneo Oriental, bajo el liderazgo de Venecia y otras ciudades italianas y, por la otra, en el tráfico regional e internacional de las cuencas de los mares Báltico y del Norte, controlado por las ciudades asociadas a la Liga Hanseática. El comercio entre los puertos de Asia, el Medio Oriente y las civilizaciones del Norte de África, probablemente no era inferior al que realizaban los pueblos cristianos de Europa.

2. El inicio de la expansión de ultramar de los pueblos cristianos

Dos factores principales explican la expansión de ultramar, a partir del siglo XV, de los pueblos cristianos de Europa y la formación, por primera vez, de un proyecto de dominación de escala planetaria. Uno de ellos fue el cambio de la visión del mundo gestado durante el Renacimiento. El rescate (vía la civilización árabe) de la tradición cultural y científica de la Grecia clásica amplió las fronteras del conocimiento de los pueblos cristianos y su capacidad de dominio del mundo físico. El otro factor decisivo fue el mayor dinamismo del capitalismo comercial europeo respecto de las actividades mercantiles en las otras civilizaciones. Este hecho sentó las bases de un importante proceso de acumulación de capital. La creciente demanda de dinero generada por la expansión del comercio y el financiamiento de los crecientes gastos militares de los principados y emergentes estados nacionales, promovió el desarrollo de la actividad financiera. La oferta de metales preciosos, que aumentó sustancialmente a partir de la conquista del Nuevo Mundo, viabilizó el incremento de la demanda de dinero.

El conocimiento científico y la actividad comercial no eran patrimonio exclusivo de los pueblos cristianos. Arabes y turcos, chinos, persas e hindúes, poseían conocimientos y tecnologías comparables o superiores. El comercio

internacional tampoco era una actividad exclusiva de los mercaderes europeos. Chinos y musulmanes habían navegado durante siglos a lo largo de las costas de China, Japón, India, los archipiélagos del sudeste de Asia, la Península Arábiga y el Mar Rojo. Por la "ruta de la seda" las caravanas habían transitado desde China hasta el Mediterráneo Oriental.

En ninguno de estos terrenos los pueblos cristianos eran innovadores. Tampoco lo eran en el fervor religioso de sus empresas militares. Es cierto que otras grandes religiones (hinduismo, budismo, confucionismo y taoísmo) expandieron su influencia por la vía de sus jefes espirituales y predicadores más que por la fuerza. Pero en el Islam, como en el cristianismo, fueron los ejércitos los que impusieron la fe en las poblaciones conquistadas. La rápida expansión del islamismo, desde el mensaje inicial del Profeta, se fundó en el éxito de las armas árabes. Lo mismo sucedió con el cristianismo. Fueron los conquistadores y colonizadores quienes propagaron el Evangelio fuera de Europa, en primer lugar, en el Nuevo Mundo. Las primeras *naos* portuguesas y carabelas españolas fueron los adelantados de la empresa religiosa. Después de la Reforma, católicos y protestantes compitieron en la propagación de la fe.

De modo, pues, que los europeos no eran originales en el conocimiento científico, la actividad comercial ni el fervor religioso. Fueron, sin embargo, los primeros en extraer conclusiones prácticas de las nuevas fronteras del conocimiento para fundar un proyecto de expansión planetaria. Fueron, también, los primeros que articularon el comercio internacional con procesos internos de transformación económica, social y política. Sobre estas bases, crearon nuevas fuentes de poder de vasto alcance. En otros términos, el capitalismo comercial europeo era distinto y llevaba en su seno un formidable potencial de transformación.

Los portugueses fueron los adelantados en el despegue de la expansión de ultramar de los pueblos cristianos. A partir de la segunda década del siglo XV, el príncipe Enrique, el Navegante, lideró la búsqueda de nuevas rutas al comercio con Oriente por vía marítima, circunnavegando África. La caída de Constantinopla (1453) en poder de los turcos reforzó el progresivo desplazamiento de la actividad comercial desde el Mediterráneo Oriental hacia las costas europeas del océano Atlántico, proceso que venía registrándose desde principios del siglo XV. El liderazgo pasó entonces de las ciudades italianas de los mares Adriático y Tirreno a las emergentes potencias atlánticas. Inicialmente, Portugal y España, luego Holanda (decididamente proyectada hacia el Atlántico) y, finalmente, Francia y Gran Bretaña.

3. Las fuerzas endógenas del crecimiento y los factores tangibles e intangibles del poder

La historia del Primer Orden Mundial se decidió, en primer lugar, en Europa. Entre los siglos XVI y XVIII se generaron nuevas fuentes de crecimiento de la producción, el comercio y la acumulación de capital. La industria y los servicios fueron ganando importancia relativa. La fuerza de trabajo se desplazó

progresivamente hacia los centros urbanos que asumieron el liderazgo en el desarrollo de las manufacturas y el comercio. Paulatinamente, las ciudades se convirtieron en sedes de universidades y bibliotecas y en centros de generación del conocimiento científico, la tecnología y las artes.

Estas transformaciones se vincularon a profundas conmociones en la vida espiritual y religiosa. La Reforma y la Contrarreforma convergieron con los extraordinarios cambios producidos en todos los ámbitos de la realidad europea. Es decir, la expansión de ultramar, el crecimiento del comercio, de la industria y de las ciudades, la formación de los estados nacionales y las transformaciones políticas, las disputas dinásticas y las luchas por el reparto del poder en el espacio europeo y en el emergente orden mundial. El problema central del desarrollo político del período fue la búsqueda de nuevos equilibrios entre la concentración del poder en un estado nacional unificado y la participación en el mismo de la nobleza y los emergentes intereses económicos y urbanos.

La interacción entre la cultura, la religión, la política y la economía, impulsaron nuevas fuerzas endógenas del desarrollo económico. Fuerzas generadas en la capacidad de cada sociedad de organizar sus recursos, respaldar la expansión de los intereses privados y las emergentes instituciones financieras, vincular el conocimiento científico-técnico a la producción, movilizar el potencial militar, estabilizar las relaciones entre los diversos componentes de la sociedad, tolerar la coexistencia de las diversas expresiones religiosas y admitir los cambios en la visión del mundo desencadenada por la revolución copernicana.

Las nuevas fuerzas endógenas del desarrollo generaron, a su vez, nuevas fuentes intangibles del poder. Tradicionalmente, el poder se había asentado en sus componentes tangibles, es decir, la dimensión del territorio y de la población bajo la soberanía del príncipe. A lo largo de todo el Primer Orden Mundial, la influencia creciente de los factores endógenos del desarrollo generaron nuevas fuentes de poder de carácter intangible.

4. El cambio de las posiciones hegemónicas

El reparto del dominio del espacio europeo y del emergente orden mundial se fue asentando en una compleja red de factores tangibles e intangibles del poder. Estos transformaron la naturaleza y los alcances de los enfrentamientos armados. Señala P. Kennedy: "Las luchas que perturbaron la paz de Europa en los siglos previos a 1500 eran conflictos localizados. Por ejemplo, la guerra entre los diversos estados italianos, la rivalidad entre las coronas inglesa y francesa y las luchas de los príncipes teutones contra lituanos y polacos". A partir de entonces, las contiendas armadas fueron una empresa por el dominio de Europa y, cada vez más, del resto del mundo. El poder naval adquirió, entonces, una importancia creciente. En este contexto, la guerra movilizó recursos crecientes y se convirtió en un ejercicio, de organización y movilización de fuerzas, desconocido hasta entonces.

Los acontecimientos decisivos fueron los que comprometieron en mayor

medida a las potencias atlánticas. En los tres siglos considerados tuvieron también lugar en el espacio europeo luchas por el control del mar Báltico, la expansión rusa y la contención definitiva de la expansión turca en los Balcanes. Estos influyeron en el comportamiento de las potencias atlánticas, en su disponibilidad y compromiso de recursos y, consecuentemente, en su expansión de ultramar. Pero los acontecimientos centrales se debatieron dentro de las potencias atlánticas y en sus confrontaciones directas.

El punto de partida de la decadencia de España, a partir del siglo XVII, se explica por el costo insostenible impuesto por la exagerada pretensión de los Habsburgo españoles de dominar el espacio europeo. Pero la razón principal fue la debilidad de las fuerzas endógenas del desarrollo del país. En el caso de la decadencia de Portugal la razón excluyente fue la insuficiencia de su poder tangible: en el siglo XVI su población era inferior a dos millones de habitantes. La empresa de ultramar impuso un costo totalmente desproporcionado con los recursos humanos y materiales del país.

En el Primer Orden Mundial, Holanda fue el primer y más importante caso de movilización de las fuerzas endógenas del desarrollo y de generación de los factores intangibles de poder. Durante los ochenta años de su rebelión contra España, Holanda se convirtió en protagonista principal del desarrollo comercial. Desde la segunda mitad del siglo XVI, enfrentó a Portugal y lo desalojó progresivamente del dominio de las rutas comerciales a Oriente. Simultáneamente, comenzó a penetrar en el Nuevo Mundo. El poder nacional holandés se asentó en la alianza política de los intereses ligados al comercio, la agricultura y la producción manufacturera, incluyendo la poderosa industria naval.

Holanda carecía de una tradición feudal y buena parte del territorio era de poblamiento reciente, sobre tierras recuperadas al mar. El poder de la Iglesia había sido eliminado con la Reforma y la tolerancia religiosa promovió la inmigración de recursos humanos valiosos expulsados por el fundamentalismo religioso en el resto de Europa. Hacia 1700, se configuraba en Holanda la red más compleja y creativa de los factores endógenos del desarrollo y de los componentes intangibles del poder. A saber, la modernidad del sistema político, el acervo tecnológico acumulado en los agricultores, artesanos y navegantes, la capacidad de organización de recursos de los sistemas comercial y financiero y la excelencia de las universidades holandesas.

Hacia 1700, en Holanda, el ingreso per cápita era probablemente el más alto del mundo y excedía en un 50% al de las dos grandes potencias atlánticas: Gran Bretaña y Francia. Sin embargo, la insuficiencia de su poder tangible le impidió enfrentar con éxito el embate de sus principales rivales. A comienzos del siglo XVIII, la población de Holanda equivalía sólo al 5% de la de Francia y al 10% de la de Gran Bretaña. Se instaló, entonces, una rápida declinación de la actividad comercial que se reflejó en la producción de bienes, especialmente textiles e industria naval.

Gran Bretaña movilizó, más que cualquier otra de las potencias atlánticas, las fuerzas endógenas del desarrollo y las articuló con su poder tangible para asumir, a partir del siglo XVIII, el liderazgo de la economía mundial. La concentración del poder en el estado nacional y los nuevos equilibrios políticos

alcanzados después de la guerra civil, sentaron la estabilidad de un régimen propicio al desarrollo del país y la consolidación de su presencia en el orden mundial. Un rasgo notable de la experiencia británica es la estrecha relación entre los hombres prácticos vinculados a la producción de bienes y servicios (ingenieros, artesanos, comerciantes, navegantes) y los científicos. Esta actitud empírica tuvo en Sir Francis Bacon a su mayor exponente teórico. Su pensamiento se reflejó en los objetivos de la Sociedad Real para el Avance del Conocimiento Natural. La *Royal Society*, creada en 1662, promovió la investigación de problemas concretos de la producción y la navegación. Se logró así una combinación eficaz de absorción de tecnologías foráneas (especialmente de origen holandés en agricultura, ganadería, construcción de canales y montaje de redes comerciales y financieras), innovaciones técnicas originales (en las áreas críticas de la navegación, minería del carbón e industria textil) y eficaz intervención pública para respaldar la penetración de los intereses comerciales y financieros británicos en el resto del mundo. Los avances institucionales incluyeron la creación del Banco de Inglaterra (1694) y de un poderoso sector financiero. El desarrollo de las sociedades por acciones, seguros y fletes marítimos, la creación de los monopolios comerciales de las compañías de las Indias Occidentales y Orientales, construyeron el andamiaje necesario para la expansión comercial y el desarrollo económico del país. El desarrollo de la marina, mercante y de guerra, a partir de la Ley de Navegación de Cromwell, montó el poder marítimo más importante de la época. Sobre estas bases se enfrentó y, finalmente, destruyó el hegemónico poder marítimo holandés. El caso ilustra la significación de la interacción de las decisiones políticas con la economía y el acervo científico-tecnológico.

La gran potencia continental, Francia, movilizó los factores endógenos del desarrollo y los vinculó al poder tangible del país. Asumió así un papel protagonista en los asuntos mundiales, especialmente, en el espacio europeo. Pero el exagerado intervencionismo del mercantilismo colbertiano, la intolerancia religiosa y los excesos del absolutismo francés debilitaron las fuentes del desarrollo del país. La inestabilidad política culminó con la Revolución de 1789.

5. *Naturaleza del capitalismo comercial europeo y la formación del primer sistema centro-periferia*

La expansión de ultramar de las potencias atlánticas las convirtió en el primer "centro" del emergente orden mundial. Ellas lideraron la empresa de los descubrimientos, la exploración y la conquista y convirtieron al resto del mundo en su "periferia".

La expansión comercial a lo largo del Primer Orden Mundial no cambió radicalmente la dinámica del proceso de desarrollo y de la acumulación de capital. Así fue a pesar del extraordinario avance del conocimiento científico registrado en Europa cristiana entre los siglos XV y XVII. Con la excepción de las artes de navegación y la tecnología militar, el progreso técnico avanzó lentamente. De este modo, la ampliación de las fronteras del mercado no viabilizó

una nueva y mayor división internacional del trabajo y, sobre estas bases, un aumento persistente del producto por hombre ocupado.

De allí el carácter monopolista, excluyente y agresivo del capitalismo comercial desde sus orígenes en la Edad Media hasta su pleno desarrollo en el Primer Orden Mundial. Se trataba de controlar el tráfico marítimo y excluir a los competidores. Como observa Pirenne: "Las guerras son constantes y cada cual se empeña en destruir el comercio de sus rivales para aprovecharse de su ruina. Durante toda la Edad Media, las ciudades italianas se combatieron con tanto encarnizamiento como España, Holanda, Francia e Inglaterra entre los siglos XV y XVIII".

El pensamiento mercantilista era funcional a la dinámica del desarrollo económico y de la formación del poder en el período. En las condiciones dadas, la creciente demanda de liquidez, es decir, de metales preciosos, sólo podía satisfacerse por dos vías: el aumento de la producción (o el despojo de tesoros acumulados por otras civilizaciones) y/o el superávit comercial. De allí el riguroso carácter proteccionista y agresivo de las políticas nacionales. En particular, de las dos potencias atlánticas que consolidaron una posición hegemónica: Francia y Gran Bretaña.

La integración de la periferia al emergente Orden Mundial confrontó a las potencias atlánticas con dos realidades distintas. Por una parte, el contacto con las grandes civilizaciones de Asia y el Medio Oriente. Por otra, el descubrimiento del Nuevo Mundo y de civilizaciones autóctonas que colapsaron frente a la presencia europea. En el primer caso, la presencia de los mercaderes, navegantes y militares europeos se concretó en el establecimiento de factorías y puertos. Allí se intercambiaban productos con las sociedades locales, que conservaban su organización política. En el segundo, se plantearon problemas sin precedentes: la dominación de los pueblos indígenas, la ocupación territorial, la organización política y la explotación de los recursos disponibles. En África, desde los viajes iniciales de los portugueses, los europeos se limitaron a controlar las regiones costeras sin penetrar profundamente en el *hinterland*.

Los archipiélagos de las Azores, Madeira y las Canarias, África y América, se vincularon inicialmente al emergente orden económico mundial por dos factores fundamentales: el azúcar y la esclavitud. El azúcar fue la explotación dominante durante la expansión inicial del Portugal en las Azores y, poco más tarde, la de Holanda. La producción azucarera, en las islas bajo jurisdicción portuguesa, permitió la formación de las primeras empresas transnacionales. Comerciantes y financistas venecianos, genoveses y holandeses participaron en el desarrollo de las plantaciones de azúcar y en la comercialización del producto refinado en el mercado europeo. El azúcar fue la primera actividad que empleó mano de obra esclava en gran escala. Desde mediados del siglo XVI, su producción se expandió a las costas septentrionales de América del Sur y el Caribe.

En el continente americano, la esclavitud fue la principal fuente de mano de obra a lo largo de todo el Primer Orden Mundial. Desde las costas africanas, principalmente las del golfo de Guinea, fueron transportados a América

alrededor de 20 millones de personas, de las cuales, aproximadamente sólo la mitad llegó a destino. La formación étnica del Nuevo Mundo emergió de esta combinación de razas indígenas (cuyo número declinó rápidamente desde el inicio de la conquista), africanos y europeos.

Las riquezas acumuladas por las civilizaciones mesoamericanas e incaicas, conquistadas por los españoles, permitieron la apropiación de una cuantiosa masa de metales preciosos. En el Alto Perú y México, los españoles encontraron también los mayores yacimientos del mundo de plata y, en menor medida, de oro. Sin embargo, este aumento de la liquidez esterilizó sus efectos sobre el desarrollo de la economía española en un aumento sostenido de precios y, especialmente, de las importaciones de manufacturas desde las otras potencias atlánticas, principalmente, Francia y Gran Bretaña. En el contexto de la realidad española, la conquista de América no impidió un rápido proceso de decadencia.

6. *La visión del mundo: arte, ciencia y tecnología*

Las nuevas fronteras abiertas por el crecimiento económico y la expansión de ultramar, la revolución religiosa y la consolidación del absolutismo y de los estados nacionales, promovieron un formidable desarrollo de la arquitectura, las artes plásticas y la música. El barroco, expresión artística dominante del período, enfatizó el movimiento, la curva, la luz, el espacio, los contrastes y la fusión de todas las expresiones artísticas. La ruptura del barroco con la tradición clásica de equilibrio, serenidad y sobriedad, reflejó las transformaciones espectaculares y dramáticas que se registraban en el escenario europeo y en un mundo cuya diversidad étnica y cultural era asimilada por las potencias atlánticas y, a través de ellas, por toda Europa cristiana. El barroco penetró también en la periferia e interactuó con las culturas locales. En Iberoamérica, alcanzó una de sus mayores expresiones.

El avance del conocimiento científico y el desarrollo de las ideas políticas fue parte decisiva de las profundas transformaciones en la economía, las fuentes y el reparto del poder y el imponente desarrollo de las artes. En el campo científico, los tres extraordinarios siglos del Primer Orden Mundial sentaron las fundaciones y los paradigmas de la ciencia moderna en el método científico y en las principales ramas del conocimiento: matemáticas, cálculo, astronomía, óptica, física, magnetismo, electricidad y medicina. Recién en el siglo XX, con los avances en la física nuclear y la biología, emergen paradigmas científicos de trascendencia comparable. En el Primer Orden Mundial, en Europa, se sentaron las bases de la actividad y la cooperación científicas modernas. La creación de universidades, laboratorios, sociedades científicas y bibliotecas multiplicó las vías de difusión de la información y los contactos entre los creadores de conocimiento. Desde el mismo inicio del Primer Orden Mundial, la ciencia y los científicos fueron auténticamente europeos. Los mayores creadores investigaron y difundieron sus ideas en los principales centros de excelencia de Italia, el espacio germánico, Inglaterra, Francia y los Países Bajos.

Sólo a fines del siglo XVIII se incorpora una figura relevante de la periferia pero, también, de raíces europeas: Benjamin Franklin.

Las ideas e instituciones políticas dominantes del mundo moderno fueron también gestadas entre los siglos XVI y XVIII. A partir de Maquiavelo y de su implacable análisis de la realidad política y del poder, los filósofos y pensadores europeos del período formularon las preguntas fundamentales y les dieron respuesta. Volvieron a replantearse los grandes temas de la naturaleza del hombre y de su condición social y política. A estos interrogantes centrales agregaron otros referidos al origen y la justificación del poder, la soberanía, la legitimidad, la justificación de la rebeldía contra los tiranos, el derecho internacional, las instituciones políticas y la división de poderes, los derechos del hombre y del ciudadano, la posibilidad de mejorar la condición humana a través de la educación, el constitucionalismo y, finalmente, el nacionalismo.

Las ideas económicas experimentaron cambios profundos y éstos fueron más allá del enfoque excluyente y agresivo del mercantilismo. Las nuevas ideas pretendían descubrir el orden natural y las leyes de la actividad económica. En el siglo XVIII, un filósofo y economista escocés planteó, por primera vez, una concepción dinámica del desarrollo, fundada en el impacto de la ampliación de los mercados sobre la división del trabajo y, consecuentemente, sobre la productividad. Formuló, al mismo tiempo, los grandes lineamientos del liberalismo económico y los temas centrales de la teoría económica: la determinación de los precios y la distribución del ingreso, la moneda y las finanzas públicas. Sus ideas alcanzarían enorme influencia en el período que en la investigación en curso se denomina Segundo Orden Mundial (1800-1914).

7. *La brecha ciencia-tecnología y los límites del desarrollo*

Pese al extraordinario avance del conocimiento científico, el desarrollo tecnológico fue relativamente modesto a lo largo del Primer Orden Económico Mundial. Modesto en comparación con la explosión de innovaciones que se producen con la Revolución Industrial en el siglo XIX. Pero importante respecto a la experiencia previa a 1500.

De todos modos, la productividad creció lentamente a lo largo del período. El aumento del producto por hombre en las potencias atlánticas líderes probablemente no superó el 20% o 30% por centuria, es decir, no mucho más del 0,2% anual. El comercio internacional creció a un ritmo algo superior, pero por debajo del 1% anual. Su composición tampoco cambió radicalmente. Los costos de transporte seguían limitando la mayor parte del tráfico a los bienes de alto valor unitario.

Bajo el liderazgo británico, a lo largo del siglo XVIII, se sentaron las bases de la futura Revolución Industrial. Pero recién desde principios del siglo XIX se cerraría la gigantesca brecha entre el conocimiento científico y sus aplicaciones tecnológicas a la producción de bienes y servicios. Entonces se transformarían rápidamente las fuentes del crecimiento económico, la acumulación de capital y las relaciones económicas internacionales.

8. *Europa centro del mundo y la emergencia de un nuevo protagonista: los Estados Unidos*

El proyecto europeo de dominación planetaria se consolidó durante el Primer Orden Mundial. En su transcurso, la transformación económica, religiosa, cultural y política amplió la capacidad de dominio de los pueblos cristianos sobre el mundo físico y los hombres. Hasta el siglo XV, entre todas las grandes civilizaciones del planeta, predominaba la semejanza de los ingresos medios, la productividad y la acumulación de capital. Tal semejanza se fue esfumando a partir del siglo XVI. Esto obedeció a la aceleración del desarrollo europeo y del estancamiento relativo del resto del mundo. Este estancamiento no se refería sólo a los niveles de producción. Abarcaba, en primer lugar, a los factores endógenos del desarrollo. Lo mismo sucedió con el conocimiento científico y la tecnología. Durante el Renacimiento, el acervo acumulado, a lo largo de los siglos, por los sabios y tecnólogos chinos, árabes, persas e hindúes, fue transferido sin cargo a los pueblos cristianos. Desde entonces, la ciencia y la tecnología europeas dejaron de ser tributarias de las otras civilizaciones e iniciaron un despegue autónomo. Este sería un factor decisivo de la hegemonía europea porque, como había anticipado Francis Bacon a principios del siglo XVI, el “conocimiento es poder”.

Hacia 1800, la población mundial ascendía a 900 millones de habitantes y la de Europa (incluyendo Rusia) a 190 millones, es decir poco más del 20% del total mundial. La esperanza de vida era de 25 años, semejante a la observable bajo el Imperio Romano. Entre las zonas más avanzadas y las menos desarrolladas de Europa, el ingreso anual per cápita probablemente variaba entre U\$S 1.000 y U\$S 1.500. Hacia 1800 el comercio internacional estaba probablemente en sus 3/4 partes bajo control de las potencias comerciales europeas.

Para ese entonces estaba emergiendo, en la periferia europea en el Nuevo Mundo, un protagonista inesperado: los Estados Unidos de América. En pleno apogeo del poder británico, sus trece colonias en América del Norte libraron con éxito la guerra de independencia. Esto no era un hecho casual. Desde los poblamientos fundacionales en esos territorios, a diferencia de otras partes de la periferia de América y el resto del mundo, surgieron poderosas fuerzas endógenas del crecimiento. Estas se asentaron en una población que, aun bajo un régimen colonial, había desarrollado un margen amplio de autogobierno y, sobre todo, una sorprendente capacidad de adaptar tecnología y de innovar. La esclavitud en las colonias sureñas era una lacra que no impidió el despegue inicial y que epilogó, a mediados del siglo XIX, en la guerra civil. Aquellos factores intangibles del poder norteamericano se sumaron a la expansión territorial y, en definitiva, conformaron una nación altamente desarrollada de dimensiones continentales.

9. *Los mensajes del Primer Orden Económico Mundial*

Entre los siglos XVI y XVIII surgieron tendencias cuya trascendencia

aumentó desde 1800 en adelante. El conocimiento científico y la tecnología ganaron importancia creciente y decisiva en el proceso de desarrollo. A su vez, el avance de la ciencia y la técnica comenzó a formar parte de una compleja red de interacciones entre el sector productivo, el poder político y la comunidad científica.

Estas interacciones pusieron de manifiesto la importancia crucial de los elementos idiosincráticos de cada sociedad. Es decir, sus tradiciones culturales, comportamiento político, sistema de poder y visión del mundo, especialmente entre los grupos dirigentes. La estabilidad política y la capacidad de las instituciones de movilizar el potencial nacional y de adaptarse a los cambios en el reparto del poder adquirieron gravitación creciente. En el siglo XVIII, los aportes pioneros de G. Vico y J. G. von Herder enfatizaron la importancia de las tradiciones culturales en el desarrollo de las sociedades. Este enfoque adquiere nueva significación en nuestro tiempo y en un mundo globalizado por el impacto de la revolución científico-tecnológica.

Los distintos estilos de inserción internacional de las diversas sociedades que componían el Primer Orden Económico Mundial ofrecen otras conclusiones relevantes para nuestros días. El comercio internacional era una locomotora del crecimiento. Pero su impacto sobre el desarrollo de largo plazo dependía de la diversificación de la estructura productiva interna y de la capacidad de adaptar tecnología importada y de innovar. Para esto era condición necesaria contar con una suficiente capacidad de autonomía para tomar decisiones referidas a la asignación de recursos, la protección del mercado interno, el comercio, las finanzas públicas y otras cuestiones críticas. En otros términos, para vincular la expansión del comercio exterior con el desarrollo simultáneo de la producción para el mercado interno, en particular, de bienes de capital. La ampliación del acervo científico-tecnológico nacional era indispensable para adaptar tecnología importada (como sucedió con la incorporación de tecnología holandesa en la economía británica en el siglo XVII) y para innovar.

La distinta gravitación de las fuerzas endógenas del desarrollo y, consecuentemente, de la capacidad de gestar factores intangibles del poder, contribuye a explicar la diferencia de experiencias de la periferia norteamericana respecto de la iberoamericana. La primera se convirtió en un polo de desarrollo económico mientras la segunda continuó subordinada, aun después de las guerras de independencia, a los centros de poder mundial.

La relación comercio exterior-mercado interno aumentó su influencia cuando, en virtud del progreso técnico, la ampliación de las fronteras del mercado promovió una mayor división del trabajo y el aumento de la productividad. En el nuevo contexto, los factores endógenos acrecentaron su importancia como fuente del desarrollo y de los factores intangibles del poder.